

En vano nombraría yo una muchedumbre de otros escritores de la secta. Voltaire dió tanto despacho á sus producciones anti-cristianas, que llegó este género de literatura á ser un recurso, ó suplemento á la fortuna de aquellos miserables escritorillos, que solo se sustentan con las ganancias, que les rinden sus blasfemias. La Holanda, aquel pantano cenagoso, fue el asilo para estos impíos hambrientos. Allí el demonio de la avaricia, que poseía el corazón de algunos libreros, habria vendido por un obolo todas las almas y todas las religiones al demonio de la impiedad. Entre los libreros que daban de comer, por sus blasfemias á estos hambrientos, el mas notable era un tal Marcos Miguel Ray; este tenia á su sueldo á un otro tal Mathurin Laurent, refugiado en Amsterdam, autor de una *teología portátil* y de tantos otros libros recomendados muchas veces por Voltaire, y autor tambien del *Compère Matthieu* (El Compadre Mateo). Este Mathurin tenia otros asociados, á quienes Marcos Miguel pagaba las infamias á tanto la hoja. Voltaire es quien lo dice, y él mismo es quien encargaba se repartiesen estas infames producciones como otras tantas obras de filosofía, que comunicaban nuevas luces al universo (i). Luego veremos que los conjurados añadieron á las prensas de Holanda las de su cofradía secreta, para inundar la Europa de todas las producciones de esta especie. Tanto las multiplicaron y acreditaron, que muchos años antes de la revolucion, casi ya no habia versista ó romancero, que no pagase su tributo á la impiedad y filosofismo. Parecia que el arte de escribir, ó de hacerse leer consistia en las sátiras y zumbas contra la religion, y parecia tambien, que las ciencias que tienen menos enlace con las opiniones religiosas, habian conspirado contra Dios y su Cristo.

La historia de los hombres no era otra cosa que el arte de trastornar los hechos para dirigirlos contra el cristianismo, ó contra la primera de las revelaciones. La física ó la historia na-

(i) Carta al conde d'Argental del 26 Setiembre de 1761. á d'Alembert del 13 Enero de 1768, y á Mr. Desb. del 4 Abril de 1768.

tural tenia sus sistemas anti-mosaicos. La medicina tenia su ateismo; Petit lo profesaba en las escuelas de cirugía. Lalande y Dupuis lo introduxeron en la astronomía, y hubo quien lo llevase á la escuela de gramática. Condorcet, proclamando los progresos del filosofismo, se jactaba de haberlo visto bajar de los tronos del norte á las universidades (k). Los discípulos de esta nueva legislación, seguian á sus maestros y llevaban despues al foro todos los principios, que la habladuría de los abogados debia desenvolver en la asamblea constituyente. Los amanuenses de los procuradores y notarios, los mozos de escritorio de los mercaderes y arrendadores, quando salian de los colegios, parecia que solo habian aprendido á leer para farfollar Voltaire ó Rousseau. De estas escuelas salió aquella nueva generacion literaria, que despues del buen éxito, que tuvieron los sofistas con la expulsion de los antiguos maestros de la juventud, no solo habia de abrir las puertas á la revolucion, sino que habia de ser su principal apoyo, aliado y cooperador. De allí mismo salieron los Mirabeau, los Brissot, los Cara, los Garat, los Mercier, los Chenier y otros. De la misma en fin, toda esa clase de literatos franceses, que abrazaron con entusiasmo la revolucion, y dieron al través con lo mas precioso y amable que tienen los hombres. Es cierto que una apostasía de tanta extension no prueba que las ciencias y las letras son nocivas por sí mismas; pero esta apostasía ha demostrado que los literatos sin religion forman la clase de ciudadanos mas perversa y dañosa. Es verdad, que esta clase no sacó de su seno los Jourdans, y los Robespierres: pero fueron suyos Pethion y Marat, y sus principios, sus costumbres, y sus sofismas concluyeron con producir los Jourdans y los Robespierres, y quando estos devoraban los Bailly, encadenaban los la Harpe, llenaban de espanto á Marmontel, no espantaban, encadenaban, y devoraban sino á sus padres y maestros.

(k) Véase su artificiosa edicion de Paschal, advertencia pag. 5.

## CAPITULO XVI.

*Conducta del Clero con los conjurados anti-cristianos.*

Mientras que los palacios de los grandes y los liceos de las ciencias humanas abrian de par en par sus puertas, para dar entrada á la apostasía; mientras que los ciudadanos de todas clases, seducidos los unos por el mal exemplo, y otros por los sofistas, se separaban del culto, y corrian á alistarse baxo las banderas de la impiedad, no eran ni podian ser equívocos los deberes del clero. Á él le tocaba formar el muro que cerrase el paso y entrada al torrente de la impiedad, que saliendo de madre amenazaba inundarlo todo. Era de su obligacion, impedir con todas sus fuerzas, que el error y la corrupcion arrastrasen la multitud y los pueblos á un desorden, que, si bien se considera, es el mayor á que puede estar expuesta la sociedad. Solo el nombre y carácter de eclesiásticos, mejor que el honor y los intereses, recuerdan la estrecha obligacion de conciencia, que tienen para rechazar y resistir, con todas sus fuerzas, y valiendose de todos los medios, la conjuracion contra el altar. La menor omision y cobardia en los pastores, quando se ofrecen estos combates, equivalen á traicion y apostasía. El historiador que debe tener valor para decir la verdad á los reyes, no ha de ser cobarde, para decirla al estado eclesiástico, aunque sea miembro suyo. La verdad se debe decir, ya redunde en gloria del ministerio, ya humille á algunos de sus individuos, pues de qualquier modo será útil á la posteridad. Esta verä lo que se hizo y lo que se debía haber hecho; pues ello es cierto, que la conspiracion contra Jesu-Cristo no ha llegado á su fin: puede esta ocultarse, pero luego que se le proporcione ocasion, volverá á cometer los estragos, que se vieron en los tiempos de la revolucion francesa. Sepa pues la posteridad lo que puede contener, y lo que puede fomentar esta conjuracion.

*Distincion que se ha de hacer en el Clero.*

Si hubiésemos de comprehender bajo el nombre y estado del clero á quantos en Francia se presentaban en medio tuge

eclesiástico, y á todos aquellos á quienes se daba en Paris y en otras ciudades grandes el tratamiento de *Abate*, podría el historiador decir con mucha verdad, que desde el principio de la conjuracion ya hubo en el clero traidores y conjurados. Hubo aquel Abate Prades, que fue el primer apóstata, aunque fue tambien el primer arrepentido. Hubo aquel Abate Morellet, cuya infamia se descubre en los repetidos elogios, que de él hicieron d'Alembert y Voltaire (a). Hubo aquel Abate de Condillac, que se encargó de hacer de su príncipe un sofista. Hubo sobre todos, aquel Abate Raynal, cuyo nombre equivale al de veinte enérgúmenos de la secta. Habia tambien en Paris una multitud de entes, á que llamaban *Abates*, del mismo modo, que hoy llaman Abate á Barthelemi, y á Beaudeau, ó á Noel, y á Siéyes: pero hasta el pueblo los distinguia, y no confundia á estos *Abates* con el clero; pues sabia que eran estos unos intrusos de la avaricia, que anhelando por los beneficios simples de la iglesia, dejaban á parte sus funciones, y que otros adoptando, precisamente por economía, unas apariencias de eclesiástico, deshonoraban este estado con la corrupcion de sus costumbres, y libertad de sus escritos. El clero, sin que se pueda dudar, cometió la gran falta de permitir que se multiplicasen tanto, particularmente en la capital, estos entes amfibios. Á pesar de la gran diferencia que habia entre estos y el clero ocupado en las funciones de su ministerio, es constante, que sus escándalos favorecian á la conjuracion de los sofistas, daban cierto motivo á las sátiras, que recayendo sobre el estado eclesiástico desacreditaban á los verdaderos ministros del santuario. Muchos de estos *Abates*, que ni siquiera creían en Dios, eran criaturas de los mismos conjurados, quienes los habian empujado para meterlos en la iglesia, habian solicitado beneficios para los mismos, á fin de que deshonorasen el clero con sus escándalos é introduxesen en el santuario los principios y máximas de la impiedad. Fueron estos la peste, que aquellos embiaron al campo enemigo; pues viendo que no podian batir es-

(a) Carta 65 de d'Alembert, año de 1760; de Voltaire á Thiriot del 26 Enero de 1762.

te ejército del Señor, pretendian comunicarle el contagio.

*Conducta del Clero verdadero, y que reconvenciones se le pueden hacer.*

No contando pues como miembros del clero sino á los que verdaderamente estaban consagrados al servicio del altar, el hecho es, que la impiedad nada pudo conseguir. He registrado los archivos de la secta; he practicado todas las diligencias, para ver si los conjurados contaban con algunos obispos, curas ó eclesiásticos funcionarios, que fuesen iniciados de la secta; y el resultado ha sido, que antes de los tiempos de Perigord d'Autun, antes de la apostasía de Gobet de Gregoire, y de otros constitucionales, no he hallado mas que uno, este es Brienne. Bastante es, pues fue por espacio de treinta años, el Judas del colegio apostólico. En la correspondencia de Voltaire se hallan algunas cartas, en que se lisongea de que tiene en su favor al Cardenal de Bernis: pero este Cardenal en aquella época, no era mas que el favorito de la Pompadour, ó el poeta joven de las gracias. Estos desvíos de un joven no bastan para suponer, que tuviese inteligencia con los conjurados, á quienes no prestó el menor servicio, aunque cooperó á la destruccion de los jesuitas. Pero en quanto á esto se puede decir de este Cardenal lo que d'Alembert decia de los parlamentos: *perdonadlos, Señor, porque no saben lo que hacen ni de quien reciben las órdenes.* Las cartas de d'Alembert hablando de Brienne, son de un carácter muy distinto, pues suponen la mas entera connivencia de parte de un traidor verdadero, que hace quanto puede á favor de los conjurados, no deseando otra cosa mas, que no ser conocido del clero (b). He leído tambien algunas cartas en que d'Alembert se gloria, de que el Príncipe Luis de Rohan, que era coadjutor de una iglesia católica, deseaba hacerse *coadjutor de la filosofía* (c): pero fue esto un error puramente material. El caso es, que d'Alem-

(b) Véanse entre otras las cartas 4 y 21 de d'Alembert á Voltaire año 1770.

(c) Carta de d'Alembert del 8 de Diciembre de 1763.

bert se valió de la recomendacion de este príncipe, para que la academia admitiese á Marmontel. El príncipe era naturalmente noble y generoso, y solo pensaba en proteger las letras de un iniciado, y esto no prueba, que él conociese, ni menos que protegiese el secreto de los que abusando de su proteccion, acabaron con burlarse de su persona. Á Brienne se le podría añadir aquel Meslier, cura de Etrepigny en Champaña, si constase que los mismos sofistas no hubiesen forjado el testamento impío que le atribuyeron despues de su muerte. En los tiempos mas inmediatos á la revolucion francesa empezó el filosofismo á introducirse hasta en las comunidades de monges, y se dejaron ver en aquella época el padre Don Gerle, y sus secuaces ó aliados; pero estos fueron obra de otra especie de conjurados, que dará á conocer á continuacion de estas Memorias. En todos tiempos conservó el clero su fé: es cierto que se podia dividir en eclesiásticos zelosos y edificantes, y en eclesiásticos relajados y aun escandalosos; pero nunca se pudo dividir en obispos ó sacerdotes creyentes, y en obispos, curas y sacerdotes incrédulos, sofistas ó impíos. Esta última clase nunca llegó á ser tan numerosa, que diese motivo á los conjurados para jactarse. Si hubiesen visto que el clero perdía su fé, no habrían dejado de autorizarse con esta apostasía, como lo hicieron con la de los ministros de Ginebra (d). Por el contrario, ninguna cosa se descubre mas en sus correspondencias, que declamaciones contra el zelo del clero en la conservacion de los dogmas. Sus sátiras sobre esta particular son el mayor elogio de los Pastores de la Iglesia.

Pero aunque el clero se haya mantenido en su fé, no por eso dejará de merecer las mas justas reconvenciones por los progresos que hicieron los sofistas y su conjuracion. No les bastó á los Apóstoles conservar intacto el depósito de las verdades religiosas; mas influxo tiene el exemplo que nuestras instrucciones, para rechazar la impiedad. Es cierto que el pueblo recibía buen exemplo de un gran número de sus pas-

(b) Véase en la Enciclopedia el art. Geneve (Ginebra) y la carta de Voltaire á Mr. Vernes.

tóres; pero el exemplo de la mayor parte no basta. Los que observan la diferencia de las impresiones, saben que un mal sacerdote hace mas mal, que bien pueden hacer cien sacerdotes virtuosos. Todos debian ser buenos; pero hubo muchos relajados. Entre los ministros del altar habia hombres, cuyas costumbres no eran dignas del santuario. Habia muchos ambiciosos, y los habia que en lugar de dar pasto á sus ovejas, estimaban mas dedicarse á la intriga, y al fausto y luxo de la capital, que á las funciones de sus diocesis. Sus vicios no eran como los que merecen correccion en los seglares; pero lo que es de poco momento para el seglar, es muchas veces monstruoso en un eclesiástico. Es cierto, que en particular los impíos con sus depravadas costumbres, no tenian derecho para tachar al clero aquellas costumbres, que este condenaba en algunos de sus miembros. El clero podia muy bien decir á los mundanos: ¿Cómo es posible que no haya en el santuario hombres, cuya conducta nos hace derramar lágrimas, si los enemigos de la Iglesia disponen de todas las protecciones cerca del trono, para traficar impunemente con las dignidades del santuario, y separar de él á los que se harian respetables y temibles por su santidad y doctrina? ¿Cómo es posible que no los haya malos, si quando algunos obispos pretendian repeler á un indigno, Choiseul les respondió: *Estos hombres son los que queremos, y de estos necesitamos*: si muchos señores irreligiosos miraban los bienes de la iglesia como si fuese el patrimonio de sus hijos, en quienes muchas veces la misma iglesia descubria los vicios de sus padres? Es muy cierto que el clero podia dar esta respuesta á sus enemigos, y es tambien cierto, que si alguna cosa ofrece la historia, que pueda causar admiracion, es, que con todas las intrigas de la ambicion, de la avaricia y de la impiedad eran muy pocos los pastores malos, y muchos los buenos, verdaderamente dignos del título y ministerio. Pero el crimen de los que introducian á los escandalosos en el clero, no excusaba el crimen de los que daban el escándalo. Es necesario, que el clero, que nos ha de suceder, vea esta declaracion en la historia; porque debe tener conocimiento de todas las causas, que produxeron ó tu-

vieron algun influxo en la revolucion anti-cristiana, á fin de que con el buen exemplo rechazen los asaltos de la impiedad, y esta no tenga el mejor pretexto para seducir á los pueblos.

*Su resistencia á la impiedad.*

Pero tambien debe decir la historia, que si habia algunos pastores que con su relajacion favorecian los progresos de la conjuracion, la mayor parte peleó con constancia contra los conjurados. Si el cuerpo del clero tenia sus manchas, tenia tambien su brillo y resplandor en las virtudes sólidas, en la ciencia y zelo de la religion, y en su inviolable adhesion á los principios de la fé. El todo de este cuerpo fue bueno, y debe á los beneficios de aquel Dios que él anunciaba al pueblo, el haberlo sabido manifestar, quando la impiedad insolente con sus progresos se quitó la mascarilla. Entonces fue que el clero se manifestó mas valiente que la misma conjuracion. Supo morir sin temor, y mirar sin sobresalto los rigores de un prolongado destierro. Entonces fue quando los mismos sofistas se avergonzaron de la calumnia que con tanta frecuencia habian repetido: que los prelados y pastores estaban mas enlazados con las riquezas que con la fé de la iglesia. Las riquezas se quedaron para los salteadores, y la fé acompañó al Convento del Carmen á los Arzobispos, Obispos, Curas, y Eclesiásticos de todas las órdenes hasta morir baxo los cuchillos de los verdugos, y los acompañó en su destierro y emigracion á Inglaterra, Holanda, Alemania, Italia, Suiza, y España, perseguidos por los ejércitos jacobinos, y proscritos por los decretos de las *carmagnolas*. Pobres en todas partes, no tuvieron otros recursos que la beneficencia de las naciones extrangeras: pero eran ricos con el tesoro de su fé, y el testimonio de su conciencia.

Para manifestar el clero su oposicion á los principios de los conjurados no esperó á que llegasen los dias de la revolucion para dar el testimonio mas auténtico de su fé y religion, pues empezó la lucha con la misma conjuracion. Luego que la impiedad se dexó oír, hablaron los congresos del clero para confundirla. No habia llegado la Enciclopedia á la mitad de

su impresion, quando ya se vió proscrita por estos congresos; y ni siquiera ha tenido el clero una de estas juntas, en el espacio de cicuenta años, que no haya hecho presentes al rey y magistrados los progresos de filosofismo (e). Al frente de los prelados, que se opusieron al filosofismo estaba el señor de Beaumont, aquel Arzobispo de Paris, que la historia no puede pasar en silencio, sin hacerle injusticia. Generoso como los Ambrosios, tuvo su mismo zelo y tesón contra los enemigos de la fé. Los jansenistas lo desterraron, y los conjurados volterianos habrian querido verlo muerto: pero si lo hubiesen atentado, habrian visto que los habria arrostrado sobre el cadalso, del mismo modo que lo hizo con los jansenistas en el tiempo de su destierro, del que no volvió sino para tronar de nuevo sobre unos y otros. Á su exemplo muchos otros Obispos añadieron á sus costumbres pastorales las instrucciones mas sábias y piadosas. El señor de Pompignan, entonces obispo de Puy combatió los errores de Rousseau y Voltaire; el cardenal de Luynes precavió sus ovejas contra el sistema de la naturaleza; los obispo de Boloña, Amiens, Auch, y otros muchos edificaban sus diocesis mas con sus virtudes, que con sus escritos. Se pasaron muy pocos años en que de parte de los obispor no saliesen algunas cartas pastorales, que todas se dirigian contra la impiedad de los filósofos conjurados.

No se debe pues atribuir á omision de los prelados eclesiásticos, ni á negligencia de los escritores religiosos la ilusion que causaban los sofismas de los conjurados. La Sorbona los manifestaba en sus censuras; el Abate Bergier perseguia el deísmo hasta sus últimos atrincheramientos, y hacia que se avergonzase de sus contradicciones. Á la erudicion postiza y enmascarada de los sofistas oponia un estudio ingénuo, y conocimientos los mas verdaderos de la antigüedad, y de las armas que suministraba á la religion (f). El Abate Guenéé

(e) *Véanse las actas del clero, en especial desde el año 1750.*

(f) *Véase le deisme refuté par lui meme, y la respuesta á Freret.*

con toda su urbanidad y sal áttica, precisaba á Voltaire á humillarse por su impericia, y crítica de los libros sagrados (g). El Abate Gerard santificaba hasta los mismos romances, y bajo las formas mas amables, retraía la juventud de sus desvíos, y de los caminos de la mentira, y les dió despues instrucciones de la historia restablecida en su verdad primitiva. El Abate Pey reproducia la ciencia de los monumentos eclesiásticos para restituir á la iglesia sus verdaderos derechos. El Abate Feller, ó Flexier Dureval, reunió bajo la simple forma de un catecismo, toda la eficacia de la razon, y los recursos de la ciencia contra toda la escuela de los sofistas. Antes de todos estos atletas el Abate Duguet habia manifestado hasta la evidencia los principios de la fé cristiana, y el Abate Houteville habia demostrado su verdad con hechos de la historia. Desde el mismo principio de la conspiracion el diario de Trevoux redactado por el Padre Berthier y sus cofrades, se dirigia contra todos los errores de los enciclopedistas. En una palabra, si habia muchos Celsos y Porfirios, tenia tambien la religion sus Justinos, sus Orígenes y sus Athenágoras. En estos últimos tiempos, como en los primeros siglos de la iglesia, el que verdaderamente deseaba hallar la verdad, no habria tardado á hallarla en la solidéz de las razones que los escritores religiosos oponian á los sofismas de los autores conjurados; y aun se podia decir, que los nuevos apologistas de la religion manifestaron con mas claridad muchas verdades de la religion, que los apologistas antiguos.

Los oradores evangélicos cooperando á los esfuerzos de los Obispos y de los escritores religiosos no cesaron, ya desde el principio de la conjuracion, de avisar á los pueblos. La refutacion de los sofistas era el asunto mas frecuente de sus instrucciones públicas. El Padre Neuville, y despues de él Mr. de Senéz, y mas que todos el Padre Beauregard, se distinguieron por su intrepidez en esta ocupacion. Aun nos acordamos de aquella especie de inspiracion, con que este último se sintió arrebatado, predicando en la Catedral de Paris,

(g) *Cartas de algunos judios Portugueses*

y haciendo resonar las bóvedas de aquel templo, trece años antes de la revolucion, manifestando en tono profético los proyectos de la filosofía moderna, y que con tanto sentimiento de la religion ha verificado la revolucion francesa. " Si (dixo este orador sagrado) al rey, al rey y á la religion miran los filósofos; ya tienen en sus manos la segur y el matillo; solo esperan el momento favorable para derribar el trono, y el altar. Si; vuestros templos, Señor, serán despojados y destruidos, abolidas vuestras fiestas, blasfemado vuestro nombre, y vuestro culto proscrito.—¿ Pero y que es lo que oigo, gran Dios! ¿ Qué es lo que veo! Á los cánticos inspirados, que hacen resonar estas bóvedas, consagradas á vuestro honor, sucederán los cánticos torpes y profanos! Y tu divinidad infame del paganismo, deshonesta Venus, vienes atrevidamente á ocupar el lugar de Dios vivo, á sentarte sobre el trono del santo de los santos, y recibir el abominable incienso de tus nuevos adoradores! " Este discurso lo oyó un numeroso auditorio, que habia atrahido la piedad y elocuencia del orador: lo oyeron tambien muchos iniciados, que habian acudido solo con el fin de sorprender al predicador, y lo oyeron muchos doctores de la ley, que he conocido, y que me lo repitieron con toda fidelidad, ya ántes que lo leyese en los impresos. Los iniciados alzaron la voz y gritaron sedicion y fanatismo, y los doctores de la ley cometieron la baxeza de retractarse: pero fue ya demasiado tarde, y despues de haber ya reconvenido sobre las expresiones al mismo orador, que las habia dicho (\*).

Estas advertencias, y la incesante guerra, que hacia el clero, retardó los progresos de los sofistas; pero no se logró triunfar de la conjuracion. Esta era ya demasiado profunda; el arte de seducir las naciones, de propagar el odio contra Cristo y sus sacerdotes, desde el palacio de los grandes hasta el

(\*) De semejantes expresiones han usado con sobrada frecuencia los presumidos sábios de estos tiempos, viendo la vigorosa resistencia, que desde los púlpitos han opuesto á sus doctrinas los predicadores.

humilde taller del artesano; desde las capitales de los imperios hasta las aldeas y chozas de la campaña, habia llegado á su mayor perfeccion en las cabernas secretas de los conjurados. Sus medios tenebrosos suponian unos misterios, que debo desenvolver: y quando yo haya descubierto estas últimas sendas de corrupcion, que empujaron los sofistas, los lectores, en lugar de preguntar ¿ como la Francia, con el zelo y luces de sus pontífices y pastores, ha visto la destruccion de sus altares, y la ruina de sus templos? nos preguntarán: ¿ como han tardado tanto los templos á desplomarse, y sus altares á hundirse?

## CAPITULO XVII.

*Nuevos y mas profundos medios de los conjurados para seducir hasta las últimas clases de ciudadanos.*

Quando Voltaire hizo juramento de aniquilar la religion cristiana, no se lisonjaba de arrastrar á su apostasía la generalidad de las naciones. Su orgullo, aunque grande, se satisfacía algunas veces plenamente con los progresos, que su filosofismo habia ya hecho entre los hombres, que gobiernan, ó que han nacido para gobernar, y entre los literatos (a). Por espacio de mucho tiempo se mostró poco zeloso de separar del cristianismo á todas las clases inferiores de la sociedad, que él no comprendía baxó la expresion de gente honrada. Los hechos, que voy á alegar manifiestan, ya la nueva extension, que los secretarios conjurados dieron á su zelo, ya los artificios de que se valieron para no dejar á Cristo, ni un solo adorador, aun en las condiciones mas oscuras.

### *Origen y proyectos de los Economistas.*

Un médico conocido en Francia con el nombre de Quesnay, se habia insinuado tan bien en la gracia y estimacion de Luis XV. que este rey le llamaba su pensador. En efecto, parece que Quesnay habia profundamente meditado todo lo que pue-

(a) Carta á d'Alembert del 13 Diciembre de 1763.